

## Apéndice II: "Le debemos a Charlie mucho más de lo que él nos debe a nosotros"

UNA HISTORIA VERÍDICA POR EL PADRE  
BERNARDO F. MCWILLIAMS C.SS.R.\*

"Esos puertorriqueños son salvajes", así me dice con frecuencia gente cuya única ventana al mundo es el "New York Daily News". En verdad es cierto que muchos de los jóvenes bandoleros que son arrastrados diariamente por la policía en sus patrulleros llevan hermosos nombres como López, y Rodríguez, y Rivera. Quizás, por esa misma razón, y para hacerle justicia a un pueblo noble, es tiempo de que narre la historia de Charlie Rodríguez, el cual murió de un cáncer intestinal el día 13 de julio de 1963, en Caguas, Puerto Rico.

A decir verdad, yo creo firmemente que no estoy exagerando cuando digo que nunca en toda la historia de la Iglesia ha habido un apóstol laico más completa y activamente comprometido con ella que Charlie Rodríguez. El énfasis aquí está en la palabra "más". Han habido, hay y, quiera Dios, habrá siempre muchos otros hombres heroicamente abnegados en las filas de los apóstoles laicos. Yo simplemente estoy diciendo que no puedo imaginarme

---

Bajo el título "*We Owe Charlie far More than He owes us*" -*A true story by Father Bernard F. McWilliams, C.SS.R.* apareció, hace ya más de 15 años un artículo escrito por el P. Bernardo, ya fallecido, en la revista *Catholic Home Messenger*. El P. Bernardo fue un gran sacerdote redentorista, que trabajó en la parroquia Dulce Nombre de Jesús de Caguas durante muchos años y tuvo una estrecha relación con Charlie. Charlie colaboró con él en trabajos parroquiales, especialmente en su círculo de estudios y en la preparación de profesores para la cofradía de Doctrina Cristiana. Al morir Charlie, ya P. Bernardo no estaba en Puerto Rico, pero al volver durante una corta visita, se interesó en los detalles de su muerte. A su regreso a los EEUU, escribió el artículo aquí reseñado parcialmente, del cual envié fotocopias a varias amistades. Por fortuna, una de éstas la encontró recientemente entre papeles viejos que iba a desechar. Para su sorpresa, allí estaba este magnífico testimonio, el cual incluimos aquí por entender que su elocuencia y validez llevan tras de sí la solvencia espiritual de alguien que trató directa y profundamente a Charlie, y cuyo recuerdo aún evoca sentimientos de gratitud entre la feligresía de Caguas.

un hombre haciendo más por la gloria de Dios que Charlie. El se dio a sí mismo totalmente; ningún hombre puede hacer más que eso. Los que estuvieron cerca de él quedaban pasmados ante su total absorción en las labores apostólicas. Un sacerdote que lo conoció íntimamente dijo recientemente:

“Hasta donde yo pueda saber, él nunca ha vivido un solo día de autocomplacencia en toda su vida”.

Charlie creció en Caguas, un pueblo grande en un valle rodeado por montañas extraordinariamente hermosas. En la escuela elemental católica probó ser un estudiante brillante. Después de su graduación ingresó en la escuela superior pública de la localidad. Pero debido a sus recurrentes períodos de enfermedad, le tomó seis años completar el curso de cuatro años. No obstante, esta experiencia le convenció de la necesidad de un apostolado laico entre los estudiantes. Aunque es difícil determinar dónde radica la culpa. (¿la negligencia de los padres?, ¿la irreligiosidad de los maestros?, ¿un sistema de educación sin Dios?, ¿la rebelión normal de la adolescencia?) el hecho es que en Puerto Rico y, a la verdad, en todas partes del mundo, los estudiantes tienden a perder su fe en Dios. Charlie habría de dedicar la última mitad de su vida a un intento inexorable para evitar esa tragedia donde quiera que él pudiese.

Asistió durante un solo año a la muy secular Universidad de Puerto Rico, según algunos, una universidad militante-mente atea. Debido a que los profesores sentían un deleite perverso ridiculizando el cristianismo, éste fue un año de intensa angustia para él. Discutía implacablemente con ellos con el feliz resultado de que, por lo menos, los demás estudiantes comenzaron a cuestionar la fatua omnisciencia de sus profesores.

Algunos años después habría de regresar a la universidad para continuar su batalla en favor de las mentes jóvenes, ahora no como estudiante, sino como moderador de un grupo estudiantil de discusión.

El estaba admirablemente cualificado para esta labor. Su dominio de la filosofía y de la teología era asombrosamente profundo. Sacerdotes que lo escucharon exponer conceptos filosóficos y teológicos dicen que nunca han conocido a nadie, bien sea sacerdote o laico más brillante en estos campos. Yo mismo lo escuché una noche responder a un estudiante que cuestionaba la credibilidad de la Asunción de María. Sin consultar apuntes, ni libros de texto, estuvo más de media hora detallando resmas de evidencia en apoyo de este dogma. Era un hombre joven, de pequeña estatura, frágil con una voz fina y una forma de expresarse rápida. Pero hablaba con tal intensidad y evidente sinceridad que uno no podía menos que pensar que ése debió ser el modo de hablar del Cura de Ars.

Hasta que su última enfermedad lo postró en cama, Charlie se dio totalmente y sin reservas a la causa de Cristo. Dirigía tres distintos grupos de discusión, en tres pueblos diferentes. Conducía clases para la Cofradía (de la Doctrina Cristiana) todos los domingos para estudiantes de escuela superior y se preparaba para ellas con gran esmero. Como la mayor parte de sus estudiantes no podían costear libros, él estaba constantemente mimeografiando material adecuado para ellos. La verdad es que durante sus últimos diez años tuvo que trabajar incontables horas simplemente frente al mimeógrafo. No sólo producía material para su clases y para sus grupos de discusión sino que publicaba además un boletín litúrgico semanal, que luego enviaba por correo a todo el que estuviese interesado en recibirlo, asumiendo él todo el costo. Durante esos años trabajaba a tiempo completo en una oficina del gobierno, de modo que la mayor parte de ese otro trabajo tenía que hacerlo durante el período del almuerzo. Lo que quedaba de su modesto salario después de pagar los estarcidos, los papeles, los sobres y los sellos, lo destinaba a la compra de libros religiosos o a los pobres.

Cuando uno recuerda que Charlie conducía además un intenso apostolado de persona a persona, que asistía a Misa diariamente, que separaba horas cada día para la oración y que leía una cantidad prodigiosa de libros, uno se pregunta cómo fue capaz de hacer todo eso. Especialmente cuando también uno recuerda que él estuvo plagado casi continuamente por la aflicción de un estómago nervioso.

Fue realmente un hombre excepcional. Pero, ¿qué fue lo que mantuvo a Charlie en movimiento? ¿Una compulsión? ¿Escrupulosidad? ¿Una especie de locura? O, ¿simplemente amor a Dios? Bueno, uno no conoce mucho acerca de un hombre y de sus motivaciones hasta que llega el momento de su muerte. ¿Cómo se comporta en ese momento? ¿Cómo se comportó Charlie?

Consideremos que durante sus últimos años estuvo librando una batalla, sin esperanza, con un cáncer intestinal. Aunque no hay ninguna muerte fácil, la lenta muerte por cáncer es, sin duda, más difícil de aceptar que otras. Aquí la voluntad de Dios se presenta como algo monstruosamente difícil de cumplir. Pero, sin una palabra de queja, Charlie bajó la cabeza en aceptación de su dolor. Sólo cuando éste se tornaba completamente insoportable, permitía que se le administrase un sedante. Había vivido en el dolor durante toda su vida; moriría en el dolor por el bien de la humanidad. En esto fue semejante a tantos otros santos que lo precedieron.

Todavía tendría que sufrir un dolor mayor aún que su cáncer. Durante sus últimos dos meses entró en lo que los escritores llaman “la noche oscura del alma”. Aquél que había vivido tan gozosamente en la presencia de Dios toda su vida, ahora se sentía abandonado por Dios. Aquél para quien la palabra aleluya era tan especial clamor de éxtasis que significaba nuestro resucitar junto a Cristo, ahora clamaba con la angustia del Cristo crucificado: “Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?” Algunos sacerdotes,

incluyendo a su hermano Pepe, un benedictino, hablaron con él, pero sin éxito. Su noche se tornaba aún más oscura. Durante sus últimas semanas de agonía, mientras Charlie se consumía lentamente, nunca hubo un rayo de luz en la profunda oscuridad de su alma, nunca un sentimiento de cercanía de Dios. Así han vivido sus últimos días en la tierra, la mayor parte de los escogidos de Dios.

Luego, de repente, hubo luz, luz que inundó su alma, incomparable alegría que iluminó su rostro. Aquéllos que no tienen idea de lo que para Charlie significaba la palabra que ahora pronunció, sonreirán seguramente. Pero, los que durante largos meses habían presenciado su dolor, su desolación y su continuo deterioro se llenaron ahora de inconmensurable alegría cuando Charlie levantó la cabeza un momento y dijo:

“Aleluya”.

Miró a los que estaban junto a su cama, y con voz débil pero clara dijo:

“¡A rezar!”

¿Dejó este hombre algún impacto ponderable en los demás por razón de su vida apostólica abnegada? Esa pregunta puede contestarse en cientos de formas diferentes por cientos de personas. Estudiantes cuya fe se mantuvo viva en un ambiente improbable. Sacerdotes para quienes su celo infatigable constituyó una fuente de profunda edificación. Gentes en todos los caminos de la vida que no podrán olvidar fácilmente la vista de un hombre de pequeña estatura siempre en movimiento y lleno de fuego con el amor de Dios. Pero, quizás, la mejor respuesta la dieron los médicos que lo atendieron durante su última y larga enfermedad, hombres a quienes Charlie no pudo engañar en su intento para disimular su dolor. Ellos, tal vez, agradecidos por las lecciones de bondad que les otorgó Charlie en medio de los intensos sufrimientos, se sintieron bien remunerados y dijeron a sus familiares:

“Destruyan nuestras facturas; le debemos a Charlie mucho más de lo que él nos debe a nosotros”.

**CATHOLIC HOME MESSENGER**